

ESPACIO DE CREATIVIDAD

La
Taxidermia
De la virtud
Por: Mariana Gal

TAXIDERMIA



Alumna de la Licenciatura en Psicología en el Colegio Internacional de Educación Superior, CiES. Cuento elaborado en la clase complementaria: Cine y literatura con el Profesor Santiago Padilla De Miguel.

No había espejos en la mansión Blackwood, sólo retratos de lo que deberían ser. Miranda no odiaba las agujas; de hecho, con el paso de los años había aprendido a amar el sonido que hacen al atravesar la piel: un “pop” húmedo y diminuto, similar al de una burbuja de jabón al estallar antes de tocar el suelo. Era para ella el sonido de la corrección. El sonido del amor que tenía por su padre.

Aquel día, ella se encontraba sentada en el invernadero de cristal ahumado, rodeada de orquídeas carnívoras que su padre alimentaba con trazos de carne cortados geométricamente perfectos. La luz de la tarde caía sobre ellos, filtrada por cristales violetas, dándole a todo un aspecto de hematoma antiguo, sólo que este era uno de esos que nunca se sanan del todo.

—El mundo es un lugar sucio, Miranda —decía su padre con aquella voz en cadencia de un violín desafinado tocando en una habitación vacía. Hablaba mientras pulía una pequeña prótesis de marfil que iría sobre el diente canino de Miranda—. La gente suda, llora; se les hincha la nariz, se les pone roja y vulgar. La gente allá envejece y se pudre mientras camina, soltando escamas de piel muerta en el aire. ¿No te da asco?

Ella observó sus manos, apoyadas sobre su vestido de terciopelo negro. Eran perfectas. Casi completamente inmaculadas. No tenían ni una sola mancha del sol, ni mucho menos alguna cicatriz. Lo pensó mucho antes de responder a dicha cuestión, hasta que finalmente dijo “sí, papi” casi en un susurro para sí misma. Y en ese momento era verdad.

Él sonrió, no de la manera habitual; esta era una sonrisa compasiva, una que se fue casi al instante, ya que...

—Bueno, hoy vamos a trabajar en tus párpados, mi Coppélia. Parpadeas demasiado rápido. El parpadeo es una interrupción de la belleza, una diminuta muerte de la

estética. Es como si la luz de tu alma se apagara cada dos segundos, así que vamos a reducir esa frecuencia, querida.

Miranda asintió y cerró los ojos, ofreciendo su rostro a la luz moribunda, esperando el tacto frío del metal. Le tenía tal gratitud al bisturí que apenas sentía un cosquilleo, pues gracias a él ella estaba protegida del mundo exterior y de su fealdad.

La casa parecía respirar con esas corrientes de aire que se colaban silbando a través de las grietas. Miranda caminaba por los pasillos como un fantasma, sus pies envueltos en zapatos de ballet para no hacer ruido, ya que el ruido era el peor enemigo del concepto que tanto buscaba su padre. El ruido era desorden. Su rutina era casi enteramente de inmovilidad. Pasaba horas sentada frente a la ventana cerrada, por la que apenas podía observar el jardín gris donde los árboles estaban podados en espirales antinaturales. Su padre decía que la naturaleza era un error de cálculo de Dios y que era deber del hombre corregirlo.

A veces también bajaba al sótano, aunque estaba prohibido. Allí, entre polvo, luz tenue y sombras alargadas, descansaban “los borradores”.

Eran muñecas. Cientos de ellas. Algunas de porcelana, otras de cera y otras de un material extraño, casi tan vívido como la piel de Miranda. Les faltaban ojos, tenían extremidades demasiado largas o sonrisas torcidas. Todos eran los intentos fallidos de su padre por crear algo absoluto antes de que Miri naciera.

—Pobres cosas —susurraba Miranda, tocando la cabeza calva de una de las muñecas rotas.

Pero ese día algo cambió.

Al rozar la superficie rugosa de una muñeca descartada, un recuerdo la asaltó violentamente: un recuerdo colorido, rompiendo la monocromía de su mente. Recordó un olor, no uno a lavanda o a formol, uno cálido como pan recién horneado, y unos brazos que, cuando la sujetaban, no se sentían fríos ni meticulosos... Mamá.

Su madre no había sido una muñeca. Recordó, con un golpe de pánico repentino, que su madre tenía una cicatriz en la barbilla y se reía hasta que sus encías podían observarse. A su padre aquella risa le parecía grotesca, casi animalesca.

Después de tal recuerdo, Miranda se observó en la vitrina sucia; después de años vio su propia piel, pálida como la leche, sus ojos enormes acentuados por sombras oscuras y esa postura casi completamente rígida. Una lágrima cayó de su ojo izquierdo y preguntó al vacío:

—¿Me estoy borrando?

Su cuerpo se tensó. Comenzó a tener miedo, no de la muerte, sino de dejar de ser. Su padre no estaba preservando su vida: estaba disecando su existencia mientras ella aún la usaba. Transitoriamente, descubrió aquellas tijeras que su madre usaba para las orquídeas cuando vivía. Las tomó y guardó debajo de su vestido. Subió escaleras arriba mientras el pánico se apoderaba de ella cada vez más, pues si la descubría su padre, su acto de libertad de tantos años no habría valido la pena. Trató de no hacer visible el pánico que tenía, pero había algo en aquella tarde que parecía no ayudarla.

El cielo se tornó de un color amarillo enfermizo, presagiando una tormenta. Su padre la llamó al estudio principal.

El aire olía a éter y a cera derretida.

—Te he notado inquieta, Miri —dijo él sin darse la vuelta, pues estaba afilando una aguja curva con una piedra de amolar. *Sssh. Sssh. Sssh.* —La inquietud arruina la digestión y mancha la tez, querida.

—Tuve un sueño, padre —dijo ella. Fue la primera vez en años que iniciaba una conversación sin permiso.

Él se detuvo y la atmósfera en la habitación se tensó, como una cuerda de violín a punto de estallar.

—Los sueños son los desechos de la mente, hija mía. Son vulgares. Dime ahora, ¿qué soñaste?

—Soñé que corría, me caía y me raspaba las rodillas. Sangraba y lloraba... pero me sentía feliz.

Su padre se giró lentamente. Su rostro, usualmente una máscara de aristocracia indiferente, mostró una grieta de genuino horror. No estaba enfadado; estaba dolido. Se acercó a ella y le puso la mano sobre la frente, como si comprobara si tenía fiebre.

—Estás enferma —murmuró con lástima infinita—. El mundo exterior está intentando infectarte de su inmundo desorden. Qué tragedia. Pero no te preocupes, yo te curaré, y vamos a asegurarnos de que nunca más tengas esa necesidad primitiva de expresarte.

La tomó y la sentó en la silla de terciopelo rojo. No hubo cuerdas. No eran necesarias. La autoridad y fuerza de su padre eran más que cualquier cosa.

Cuando la aguja entró, no fue sólo dolor físico. Para Miranda, por primera vez, el dolor tenía color. Era un estallido rojo granate con sabor a cobre. Cada puntada que él daba en su piel para “ajustar” su expresión producía una nota discordante: un chirrido agudo, como una cuerda que se rompe en una sala de concierto vacía.

(entra la aguja) un lamento de violines rotos;

(sale el hilo) un golpe sordo, como tambores lejanos que alguien intenta silenciar.

Él no la estaba lastimando por crueldad: lo hacía por amor. Él creía, con cada fibra de su ser, que la estaba salvando de la fealdad humana. Y eso hacía que el horror fuera absoluto.

La “operación” duró horas. O tal vez minutos; el tiempo en la mansión era un líquido espeso que se negaba a fluir. Él cosió las comisuras de Miri en una sonrisa interminable mientras le afirmaba:

—La tristeza deprime los músculos faciales, Miranda —decía con voz suave mientras pasaba el hilo de seda carmesí a través de su carne viva—. La gravedad es enemiga de la mujer. Si fijamos la sonrisa, engañaremos a la biología. Siempre estarás radiante. Siempre estarás agradecida, hija mía.

Miranda no podía gritar. La anestesia local le había dejado la boca pesada, ajena, como si perteneciera a otra persona. Pero su mente estaba más que despierta.

Miró a su padre. Vio el sudor, el temblor en sus dedos cuando encontraba resistencia en el cartílago.

La revelación fue como un rayo atravesando su pecho. Para ella, durante toda su vida, su padre había sido un dios. Un creador. Pero ahora, viéndolo de cerca, ella al fin notó el miedo. Él tenía miedo de quedarse solo, de que ella creciera. La estaba convirtiendo en una muñeca no para protegerla a ella, sino para tener un juguete que nunca lo abandonara. Su belleza era tan sólo la jaula de la inseguridad de su padre.

El dolor se transformó. Ya no era sinfonía; era combustible frío, líquido y oscuro. Miranda dejó de luchar: sólo se quedó en sus pensamientos. Si él quería una muñeca, tendría la mejor de todas. Una que no sólo fuera observable, sino que actuara también.

—Ya está —susurró él, cortando el hilo con un chasquido seco—. Mírate, mi ángel. Ahora eres arte.

Le acercó un espejo de mano. Miranda vio su sonrisa, pero sus ojos... sus ojos no sonreían.

Miranda se levantó de la silla; el vestido de encaje crujió como hojas secas de otoño. Caminó hacia la mesa de trabajo, sus movimientos aún un poco rígidos por la anestesia, lo que le daba un aire deliciosamente macabro, como una marioneta cuyos hilos han sido cortados.

Su padre, de espaldas, limpiaba la sangre de sus instrumentos con un paño de lino blanco, tarareando una canción de cuna.

—¿Lo sientes, Miri? —preguntó sin mirarla—. La paz. Ya no tienes que esforzarte por fingir. La forma dicta el sentimiento. Ahora serás feliz para siempre.

Miranda tomó las tijeras de podar que había guardado en su vestido. Eran tan extravagantes que parte del vestido se rasgó. Contrastaban tan horriblemente con sus manos de porcelana que daban terror.

—Papi... —dijo con su voz extraña a través de los labios inmovilizados por el hilo. Sonó como el viento aullando en una cueva submarina.

Él se giró, esperando gratitud. Su expresión cambió a confusión en cuanto vio la herramienta sucia en las manos de su obra maestra.

—Deja eso, Miranda. No combina con tu estética. Es un objeto tosco. Mancharás tus guantes.

—La perfección... —empezó ella, y sintió cómo el hilo de su boca se tensaba hasta casi romperse, el dolor agudo recordándole que aún estaba viva— ...es lo que se pone en los ataúdes, padre.

Miranda no lo atacó. Eso hubiera sido muy vulgar, propio de una bestia común. En cambio, levantó las tijeras y, con un sonido crujiente y deliberado, se cortó un mechón de su cabello perfecto, negro y brillante. El mechón cayó al suelo de madera.

Él gritó. Un grito agudo, horrorizado, que rompió la elegancia del momento. No porque ella estuviera herida, sino porque había arruinado la simetría que él tanto había trabajado.

—¿¡Qué haces!?! —chilló él, perdiendo su compostura. Se le desencajó el rostro, revelando al maníaco tembloroso que había escondido todos estos años.

Miranda sonrió, y el hilo rojo de su comisura se rasgó.

Una gota de sangre real, roja y desordenada, bajó por su barbilla.

—Me estoy rompiendo, padre —dijo ella, avanzando con las tijeras—. Y creo que tú necesitas ser arreglado. Tienes miedo. El miedo es muy antiestético.

Miranda lo miró no como a su padre o su creador; lo vio como la arcilla más pura, pero vieja y llena de defectos.

—No te muevas —susurró con una dulzura que a él le heló la sangre—. Voy a corregirte, padre. Vas a sonreír por siempre, para que siempre estés feliz de verme.

Por primera vez en la mansión se escuchó algo no planeado, ni medido, ni mucho menos autorizado.

Era el escurrir del caos espeso reclamando su trono.
